

# MODELOS PARA ARMAR UN CUENTO

Todos hemos oído decir a muchos escritores que el tema y la estructura de sus cuentos lo desarrollan primero en la cabeza, dando largos paseos por lugares tranquilos, donde el sosiego los aísla de los ruidos y les permita entrar en los cajones de su mente, o sentados ante un vaso de vino y con la vista distraída en un paisaje entrevisto a través de los cristales de la ventana de un bar, un día frío y de lluvia, y que cuando ya tienen todas las piezas en su sitio se ponen a escribir la historia. Yo, lo confieso, no quiero presumir de original porque también he copiado el modelo en la narración *Cuando trabajaba en el almacén de maderas*, que trata sobre la infidelidad, uno de mis temas obsesivos.

Yo no sé si es un problema carecer de una idea clara, de un tema concreto, a la hora de ponerse a escribir un cuento. Pero también es posible que la carencia de un asunto ya definido en el inicio sea más favorable que perjudicial. La experiencia me ha demostrado que en muchas ocasiones la incertidumbre ante el papel en blanco (hostigado por la imperiosa y febril necesidad de escribir lo que fuese), es lo que ha hecho aflorar la tripa de la historia. Me acuerdo que en *América*, y sobre todo en *De los nombres del cuento*, publicados ambos en *La Gaceta Literaria*, ya está predicho el modelo. Pero en concreto, el cuento *De la amistad* surgió con esta carencia total de datos. Fue durante el tiempo de la convalecencia de mi enfermedad, y debido a ello se desarrolló de

forma morosa hasta encontrar su propio sentido, su estructura, su asunto y su desenlace. Tenía la sensación, mientras lo escribía, que estaba colocando las piezas dispersas de un puzzle cuya figura desconocía, y que el resultado iba a ser tan sorprendente para mí como para el lector. Esa emoción imprevisible me seducía mucho más que escribir al dictado de una historia ya estructurada en la mente. Este modelo se produce debido a que la memoria tiene infinitos cajones, digámoslo así, que se abren y se cierran automáticamente, sin mediar nuestra voluntad, y una de dos: o nos plegamos a su capricho, o prescindimos del juego, que se me parece, digo, al de armar un puzzle.

Lo único que yo tenía claro era que quería escribir unas reflexiones sobre la amistad y tomé como referencia mi propia experiencia con un amigo que conocí en Barrio cuando ambos teníamos quince y dieciséis años, y cuya amistad ha pervivido a lo largo de toda nuestra vida. Advierto que sólo como referencia ha de tomarse esta amistad, y que no se pretenda sacar conclusiones entre lo que se cuenta y el modelo, ni imaginar fantasmas que no existen. La verdadera historia trata de otras vidas.

Ahora recuerdo que lo tomé como personaje en *Juego de ahorcados*, donde estaba también presente el tema de la amistad, pero más el de la infidelidad inocente, lo cual se relaciona asimismo con su carácter. Así, con estas premisas, fue como escribí *De la amistad*

\*\*\*

Hay cuentos que nacen, como un poema, de un latido en el corazón, como el de *Niña Lucía*, que apenas necesitan ser pensados porque surgen de la fugacidad de un recuerdo y son, más que un texto una imagen. Pero también es verdad que otros nacen de una punzada en la boca del estómago, que acaso tampoco necesitan ser pensados demasiado para escribirse, porque aunque surgen a partir del desenlace, por sí solos van fijando su asunto y su estructura. Este fue el caso de *De los protagonistas*, un cuento mágico que nació de una casualidad etérea. Un comentario fugaz e inocente de mi amigo Manuel Fernando, una tarde de copas en La Cantina, bastó para que me interesase por la historia y para que se iluminase sin ningún esfuerzo en mi mente. Aunque corren estos cuentos, por su facilidad, el riesgo de perderse en un tono amanerado, que es preciso evitar, más que en ningún otro modelo. También noté al cabo de escribirlo que a la primera y a la segunda versiones le faltaban rupturas; es decir, necesitaba ser deconstruido, como ya había hecho en *Rizos de la mujer amada*, con buenos resultados. Pero el mayor desencanto de un cuento que se escribe desde el desenlace, es que todas sus partes están previendo el final. Esto lo tiene que tener en cuenta el autor para que, mediante una minuciosa labor de zapa y derribo, localice y anule todas las referencias que lo preanuncian y, en consecuencia, lo anu-



lan, porque convierten al desenlace en un mero enlace o nudo entre las partes. Es en este punto donde la aparente facilidad del modelo se puede convertir en un castigo chino.

\* \* \*

## DE LOS PERSONAJES

El destino, después lo supe, nos había llamado aquella mañana gris y ventosa a la planta del Hospital de Día para recibir el tratamiento que teníamos que hacernos periódicamente en el Hospital Provincial. Incluso la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar se extrañaron de que de siete personas del módulo que podían recibir el tratamiento a la vez, cinco respondieran al mismo nombre de pila. Esto disparó la hilaridad de la auxiliar, la enfermera jefe y la monja ayudante, y también la de los pacientes del primer módulo de la mañana que respondían al mismo nombre de pila y que se convirtieron en protagonistas sin proponérselo.

Quizá convenga aclarar que las sesiones del Hospital de Día duran entre tres y cuatro horas y que los enfermos, condenados a un sofisticado sistema de agujas, cables y botellas, no tienen otra cosa que hacer, ni pueden hacer otra cosa, que permanecer quietos y tranquilos (nunca mejor lo de pacientes para definirlos), —lo que el personal responsable del módulo se encarga de recordarles con cariñosas amonestaciones—, recostados en cómodas butacas, mientras sus cuerpos reciben el tratamiento intravenoso. La inmovilidad obligada suele acentuar en los pacientes sus caracteres y manías, y el que es hablador por naturaleza se muestra más extrovertido, el que es galante lo quiere ser más, el violento se muestra más agresivo y el reservado se encierra en su mutismo, actitudes que son como parapetos para sus temores y sus nervios.

Esto lo sabían la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar, y aquel día gris y ventoso iniciaron la sesión con bromas a costa de los protagonistas. Las otras dos personas del módulo se limitaron a escucharlos, participando pasivamente, o a aislarse mirando al exterior a través de los grandes ventanales de cristal y observando el tráfico de coches, ambulancias, médicos y auxiliares que se movían en el recinto del Hospital en una mañana gris y ventosa del mes de mayo. Afuera el

viento batía las ramas de los grandes laureles de indias del paseo que atravesaba el Hospital y que se divisaba desde el módulo. Grupos de enfermos y visitantes formaban corros en los bancos de la sombra del paseo.

Como la casualidad les había deparado tantos protagonistas, propuso la auxiliar que dilucidaran cuál sería el verdadero, mediante un juego de habilidades y destrezas. Cada uno de ellos debía dar una serie de datos y descripciones de sus lugares de origen para que la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar lo adivinaran. Pretendían, según la riqueza y el detalle de sus discursos, establecer una clasificación con la que se erigiría al vencedor. Al final de la sesión se haría entrega de un premio, que sería una sorpresa hasta el momento de desvelarse al elegido. Manuel Benito se mostró disconforme por la simpleza de la propuesta (“Un juego muy turístico”, dijo), y sobre todo porque les restaba importancia a ellos y acentuaba la de la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar —aunque quizá también porque era de un pueblo pequeño de montaña que en vez de crecer moría porque su gente emigraba a las zonas turísticas, donde era fácil encontrar empleo—.

—La residencia de un hombre, y una mujer —matiz que Manuel Benito expresó con un gesto y una sonrisa dirigidos a las tres mujeres—, en la tierra es cosa circunstancial, y hoy estamos aquí y mañana no, por lo que no es razón suficiente para que determine su mayor o menor importancia —argumentó—. Considero, por el contrario, que la categoría la otorgan la familia, el origen, el carácter, la profesión, el compromiso, y pocas cosas más.

Se mostraron conformes las tres mujeres, pues para ellas era más importante el entretenimiento que el protocolo. En este punto dijo Manuel Benito descender de los Benito de Castilla, con castillo y viñedos en aquella tierra de Hespaña, cuando España se escribía con hache, aunque fuera de una rama venida a menos y establecida en la Isla desde hacía ocho generaciones en un pueblo de montaña, del que contó la historia desde su comienzo, con la construcción de la iglesia matriz, y memorizó las nóminas de los sacerdotes, los alcaldes y los maestros, títulos —matizó Manuel Benito— que ostentaron su abuelo y su padre.

—¿Sacerdote, alcalde y maestro? —dijo la auxiliar.

—Se entiende que alcalde y maestro —contestó Manuel Benito.

—Es broma —dijo la auxiliar.

—Como broma la tomé, pero cierto que mi abuelo, que se llamaba Manuel como yo, tenía fama de saber más sermones que un cura y más latines que un obispo. Le decían Monseñor Manuel en todas las tierras del sur, y era conocido y querido más que el Hermano Pedro, por los favores que hacía y los consejos que daba.

Sólo Manuel Vega intentó arrebatarse importancia argumentando igualmente razones de origen y familia, pero con el añadido del patrimonio material, que habían sabido no sólo conservar sino aun aumentar. Él no tuvo castillo, dijo, pero sí molinos de viento, cuando en ellos se molía el trigo, que fueron el origen de la riqueza de los Vega, que aún se dedican al negocio del grano y las harinas, entre otras cosas. Luego contó la historia del trazado de los caminos, las calles y la instalación de todos los comercios en los alrededores de la iglesia matriz y la plaza real, donde los Vega —su abuelo también fue alcalde, aunque no maestro, precisó—, tuvieron desde el principio hornos de pan, molineras de grano, tiendas de comestibles y de calzado, y de todo lo que el progreso trajo a la villa y que fue la base de la fortuna de los Vega, hasta que el boom del turismo les llevó a montar pensiones y apartamentos en las zonas de la costa, con sacrificio, es verdad, de los negocios antiguos, que fueron muriendo poco a poco.

Manuel Cirilo y Manuel Pérez, ignorantes de sus orígenes, se limitaron a manifestar que desconocían quiénes eran más allá de sus padres y abuelos. Manuel Fernando ni abrió la boca, dando a entender que no estaba interesado en el juego y mostrando mayor preocupación en hacer unas anotaciones urgentes en los márgenes blancos de un artículo de prensa.

—Déjame que te diga que si mi abuelo no tuvo ni la cartería, ni el reparto de aguas, ni la administración de la luz, ni la centralita telefónica, ni la distribución del gas, ni tantas otras cosas, que hacen a unos hombres ricos y a otros honrados, fue por miedo, porque al primero que se le ofrecían en aquellos tiempos todos los negocios nuevos era al alcalde, pero mi abuelo, que lo mismo le gustaba que dijese de él: mira, ahí va Manuel, con la cara bien alta, porque no ha hecho de la alcaldía una fuente de ingresos, también le daba miedo



que le echasen en cara que se había aprovechado del cargo para hacerse rico, y nada más pensarlo se le aflojaba la tripa. Y ese miedo lo heredó mi padre y lo heredé yo, y lo heredarán mis hijos, porque otra cosa no tengo qué dejarles, sino el orgullo del miedo y tener la certeza que si, de pronto, escucharan su nombre podrían contestar “yo soy”, sin dudarle un momento y con orgullo, sabiendo que su nombre no oculta ninguna mancha que pueda avergonzarles (Yo siempre, ahora lo digo, he tenido la tentación de escribir con hache la palabra orgullo, porque tengo la sospecha de que el continente, sin hache, desmerece del contenido y no toma la verdadera dimensión e importancia que debiera transmitir. Orgullo sin hache es como si no fuese orgullo, pero el miedo al qué dirán me ha mantenido dentro de los límites de las reglas. Y perdonen ustedes la disgresión).

Temió Manuel Benito que el alarde de riqueza que había hecho Manuel Vega inclinara las preferencias de la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar a favor del otro y trató de restarle importancia a la referencia del patrimonio material señalándolo como un asunto de origen turbio.

--No me parece honesto tu discurso, sino intencionado y maligno, porque tratas de convencer con él de que únicamente quien desprecia el dinero es digno y honrado, y desprecias también el desarrollo material de los pueblos, pero sabes que sin él no es posible ningún tipo de progreso. Las cosas no son sencillas y sólo un discurso demagógico y cargado de veneno como el tuyo es capaz de mostrarlas así. Las cosas son complicadas, como la vida, y tienen su lado bueno y su lado malo, como las personas. Y también la riqueza, como las persona, puede ser mala o buena. Cada persona traza su destino, y tu abuelo trazó el suyo. Si fue con miedo o sin miedo no lo sé, pero lo que sí sé es que de su destino sólo él fue responsable, y el destino de los demás ni le da méritos ni se los quita. Así que cada palo aguante su vela --replicó Manuel Vega.

--Nada de demagogia. Yo tu caso, es verdad, no lo conozco, y no puedo hablar, pero podría darte una relación de nombres y apellidos en los que el origen de sus fortunas no fue otro que un cargo municipal y la carencia de miedo, o llámalo escrúpulos, que explica mi teoría de los ricos y los honrados. Pero nos estamos poniendo

serios y olvidándonos que esto no era más que un pasatiempo y un juego. Así que para quitarle hierro a la situación quiero decir una anécdota graciosa que me contó una profesora --y dijo Manuel Benito el chiste de los escrúpulos.

Manuel Cirilo y Manuel Pérez se miraron y no dijeron nada. Para ellos era suficiente diversión y entretenimiento escuchar a Manuel Benito y a Manuel Vega enfrascados en una competición cuyo premio no sabían qué importancia tenía para que la pugna les resultase de tanto interés. Manuel Fernando ni se inmutó, no porque el juego le pareciese una cosa poco seria, pues sabía él que en realidad la vida no era sino un mero azar, es decir, un juego de mayores con resultados imprevisibles. Pero alguien tenía que sacrificarse para vivirlo desde fuera y registrarlo, y en este punto ya llevaba tomada nota de buena parte de la historia en los márgenes blancos de los artículos de prensa.

Para el criterio de la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar, por lo visto y escuchado, estaba claro quién iba camino de ser el vencedor de la prueba, pese a la dura competencia, pero la decisión no tuvieron que tomarla ellas porque surgió de forma natural.

Estaban en la última hora de la sesión, cuando una monja, de ademanes protocolarios y fruncido gesto, que debía pertenecer a otra planta del Hospital, Administración por ejemplo, porque su hábito era diferente al de la monja ayudante, entró en el módulo.

--¿Quién es Manuel? --dijo con voz apagada, dirigiéndose a todos.

--Yo soy --contestó Manuel Benito, sin dudarle un minuto, con una expresión de orgullo en el rostro y con cierta coquetería. No les dio tiempo a ninguno de los demás ni siquiera hacer un gesto, si acaso tuvieron intención de hacerlo, pues se mostraron más bien sobrecogidos.

--Cuando termine el tratamiento preséntese en Administración, en la planta baja --no dijo más la monja, e igual que vino se marchó.

Fue entonces cuando los otros protagonistas protestaron, en especial Manuel Vega.

--¿Pero Manuel qué? ¡Yo también soy Manuel! --dijo con tono airado, sospechando que aquella decisión pesaría en su contra en el juicio de la enfermera jefe, la monja ayudante y la auxiliar.

## Manuel Villalba Perera

(Lanzarote, 1945).

Sus narraciones y artículos sobre literatura, arte y cultura han sido publicados en revistas literarias y en páginas culturales de las islas desde finales de los 70, y especialmente en las décadas de los 80 y 90. Esta producción no ha sido recogida en libro.

Obra publicada: *La casa amarilla* (narrativa) y *El efímero instante de los dioses* (poesía)  
Obra inédita: *Éxodos* (poesía)



—Claro. Pero la monja buscaba a Manuel a secas. ¿No soy yo Manuel? Lo soy y contesté sin faltar a la verdad, como pudieron haber contestado lo mismo cada uno de ustedes, y ponerla en un aprieto. Pero ustedes tuvieron miedo de que aquel nombre ocultase alguna falta, alguna mancha por la que se les pudiera condenar o acusar de algo. No tuvieron la conciencia tranquila y me dejaron a mí solo ante la pregunta de la monja fea. Porque mira que era fea la monja.

Había concluido Manuel Benito el tratamiento y la auxiliar terminó de retirarle las agujas, las botellas vacías de los líquidos y los cables que le retenían condenado a la butaca.

—Baje a administración a ver para qué le quieren y luego suba otra vez. Tenemos que celebrar el resultado y entregar el premio —le dijo la auxiliar con una sonrisa.

—Sí —contestó—. Primero las obligaciones y después las diversiones.

Manuel Benito, a la vista de que el ascensor tardaba, bajó hasta la planta baja por la escalera y se dirigió a Administración. Justo cuando llegó a la ventanilla sintió un mareo y se desvaneció. Cayó al suelo sin conocimiento antes de que le diera tiempo de preguntar el motivo de su cita. Dos enfermeros lo llevaron a Urgencia. Por la ficha personal, que llevaba en la mano, supieron su nombre y que había recibido un tratamiento en el Hospital de Día. Allí llamaron desde Urgencia para comunicar que Manuel Benito había muerto. Todos se quedaron de piedra cuando recibieron la noticia.

Un sólo defecto tenía Manuel Benito, el cual solía ser causa de la perdición de los hombres, más que cualquier otra cosa, como se comentó profusamente a lo largo de la noche en los grupos de los hombres, durante el acompañamiento del cadáver, y que era de general conocimiento. Le gustaban todas las mujeres, solteras y viudas, casadas y separadas, guapas y feas, y procuraba enamorarlas a todas, saltándose el mandamiento, sin que miedo alguno le detuviese ante los peligros de su debilidad. Por este motivo era conocido con el mote de *El elegido*, debido a los numerosos éxitos que se le conocían en sus aventuras de faldas. Fue este hecho lo que explicó el suceso, que se extendió como la pólvora y con detalle por toda la villa, cuando llegó el cuerpo muerto a la casa familiar, donde prepararon el velatorio.

—Por eso, cuando la monja fea, mujer al fin y al cabo, pronunció su nombre se sintió elegido y, sin dudarle un momento, dijo: yo soy. Y eso le perdió, ninguna otra cosa, como a Adán le perdió la manzana de Eva. Ya lo dijo Shakespeare: Fatalidad, tu nombre es de mujer —dijo el que parecía más listo, profesor en ejercicio, como el difunto, y compañero de claustro, después de que todos estuvieran metiendo basa en la historia, tratando de dilucidar sobre el destino premiso de Manuel Benito.

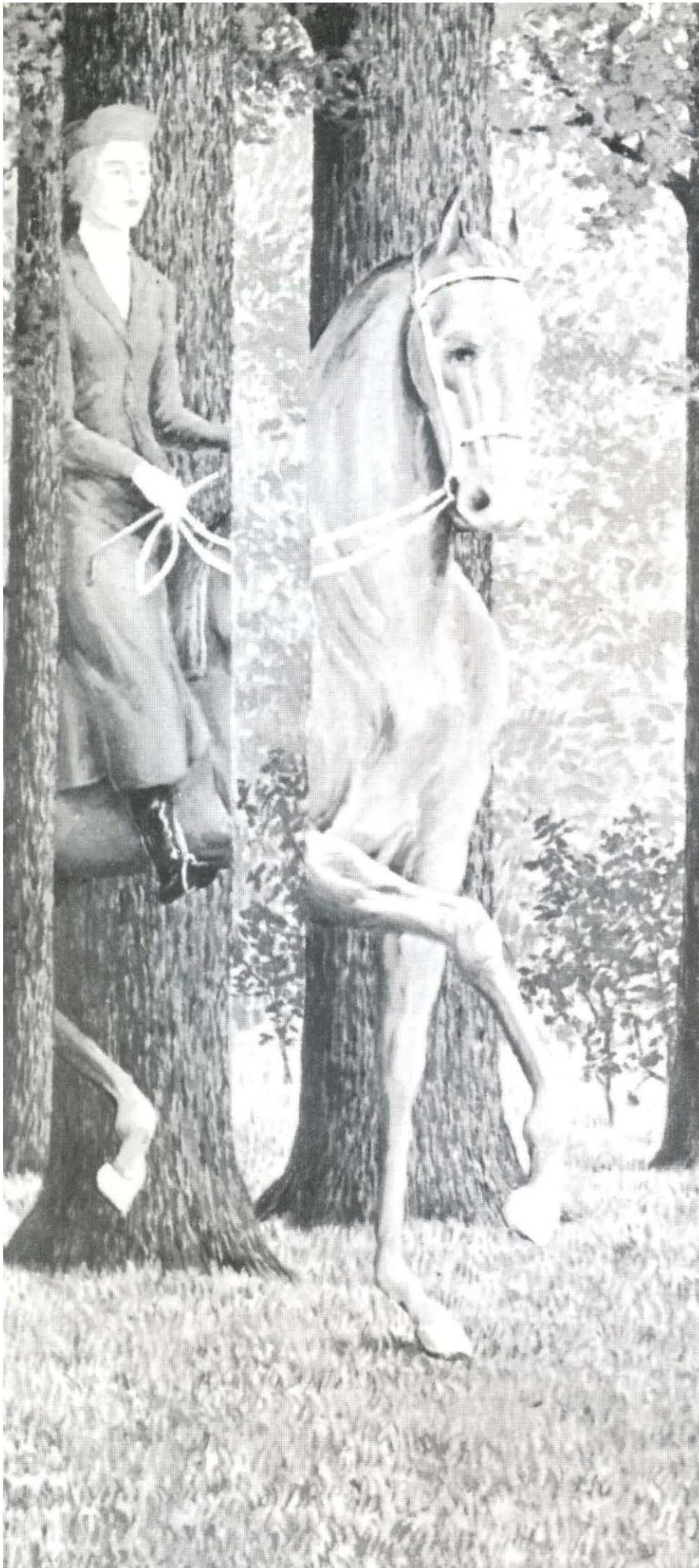
\* \* \*

Mi obsesión sobre la muerte y la fatalidad quizá debe su origen a un chiste de un hombre que tiene que tomar un avión y que no lo hace porque ha soñado que el avión sufre un accidente y mueren todos los pasajeros. Entonces decide viajar en tren y se dirige a la estación. La tarde es oscura, el cielo amenaza tormenta y unos pájaros negros están posados en el techo del andén. Este oscuro panorama, en otra circunstancia, pudiera haberle hecho desistir del viaje, por el mismo tipo de premonición. Pero el hombre está tranquilo porque hará el viaje en tren, en lugar que en avión, como tenía previsto. Ha tomado los datos del vuelo que ha rechazado y los ha anotado en una libreta, junto con el teléfono de la Compañía Aérea, para llamar cuando llegue a su destino e interesarse por el suceso. Tan tranquilo está que se entretiene en el bar de la estación contándole su historia a un amigo que colabora en el periódico local, en la sesión de entrada y salida de viajeros y suele acudir allí para redactar sus noticias con los datos que le cuentan quienes van y vienen. Tiene que ser el amigo quien le advierte que el tren está iniciando la salida. Entonces el hombre toma la maleta y corre hacia el andén, con tan mala suerte que cuando va a subirse a uno de los accesos del tren, que ya está en marcha, tropieza y su cuerpo queda aprisionado entre las vías. Al día siguiente, el periódico local da noticia de la muerte del hombre en un accidente de tren.

\* \* \*

Yo, en realidad, no creo en este tipo de fatalidades, aunque reconozco que más de una vez he dejado de hacer algo por algún sueño o pensamiento. Reconozco sin embargo que no han sido ni la creencia en la fata-





lidad —que puede existir, pese a mi incredulidad—, ni en las premoniciones, sino el miedo, lo que me ha hecho actuar, igual que si hubiera sido en cualquier otro asunto de la vida, como Manuel, el alcalde del cuento de *De los protagonistas*, que el miedo no le permitía hacer determinadas cosas.

Pese a mi falta de fe en estos temas, el asunto de la fatalidad y la muerte, aunque no haya sido obsesivo, me ha interesado, y, además de en éste, recuerdo haberlo desarrollado en otro cuento cuyo título he olvidado, de ambiente rural, donde un individuo grosero —una suerte de pasante de notario—, de corbata y traje negros, que transporta un bulto extraño y alargado, que resulta ser un simple bombo de cinco cuerpos con diez bolas en cada uno de ellos, numeradas del cero al diez, va visitando los pueblos y decidiendo, mediante sorteos celebrados en plenos municipales extraordinarios, las personas del padrón que deben morir en el año.

Este cuento lo tenía olvidado, y la mayor parte de su estructura y desarrollo han desaparecido de mi memoria, aunque sospecho que estará escrito y perdido entre los papeles amontonados en las carpetas que guardo en el sótano. Puedo pensar que el asunto no ha sido una verdadera obsesión, pero ahora, tras la historia de *De los protagonistas* me encuentro enfrascado en el mismo tema, aunque carece aún de título, y las imágenes de esta historia me van y vienen por los cajones de la mente (sólo adelanto que el caso se cuenta referido a la guerra civil española y está registrado como que sucedió en la mayoría de los pueblos, con nombres, apellidos y detalles muy diferentes, por lo que sospecho que no fueron tomados de una misma fuente sino de muchas realidades que se repitieron en el drama de España; mi cuento ocurre en un lugar llamado Barlome, una ciudad rural donde por el día “el calor raja las piedras”, como suele decirse, y por las noches sopla el viento hasta erizársete la piel, donde estos extremos ha hecho cristales de las piedras y el carácter difícil de su gente). Empiezo a pensar que en poco tiempo, e ignoro aún por qué motivo, la fatalidad y la muerte se han convertido en una obsesión.

(Del libro inédito *Modelos para armar un cuento*)